

JUAN 10,22-42

TEXTO

«²²Aconteció entonces [la fiesta de] la Dedicación en Jerusalén; era invierno ²³y **Jesús** paseaba por el templo, en el pórtico de Salomón.

²⁴Así que **los judíos** le rodearon y le decían: “¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si **tú** eres **el Cristo**, dínoslo con claridad”.

²⁵Les respondió **Jesús**: “Os lo dije y **no creéis**. *Las obras* que **yo** hago en el nombre de **mi** Padre *dan testimonio* de **mí**; ²⁶pero **vosotros no creéis** porque no sois de **mis** ovejas. ²⁷**Mis** ovejas escuchan **mi** voz, y **yo** las conozco y **me** siguen; ²⁸y **yo les doy vida eterna**; y no perecerán jamás y nadie las arrebatará de **mi** mano. ²⁹**Mi** Padre, que **me** las dio, es más grande que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. ³⁰**Yo y el Padre somos uno**”.

³¹**Los judíos** volvieron a coger piedras para apedrearlo.

³²Les respondió **Jesús**: “*Muchas obras buenas* os he mostrado del Padre; ¿por cuál de *esas obras* me apedreáis?”.

³³Le respondieron **los judíos**: “No te apedreamos por *una obra buena*, sino por **blasfemia**, y porque **tú**, siendo un hombre, te haces a ti mismo Dios”.

³⁴Les respondió **Jesús**: “¿No está escrito en vuestra Ley: ‘Yo dije: sois dioses’? ³⁵Si dijo ‘dioses’ a los que llegó la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), ³⁶al que el Padre consagró y envió al mundo ¿cómo decís vosotros ‘**Blasfemas**’, porque ha dicho ‘**Soy el Hijo de Dios**’? ³⁷Si no hago *las obras de mi Padre*, **no me creáis**; ³⁸pero si [las] hago, aunque **no creáis en mí**, **creed las obras**, para que conozcáis y comprendáis que el Padre está en **mí** y **yo estoy en el Padre**”.

³⁹Así que buscaban de nuevo apresarle, pero escapó de sus manos.

⁴⁰Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde **Juan** había estado antes bautizando, y permaneció allí.

⁴¹Y **muchos** vinieron a él y decían: “**Juan** no hizo **ningún signo**, pero todo cuanto dijo sobre éste era verdad”.

⁴²Y **muchos creyeron** en él allí».

COMENTARIO

.- **Introducción a 10,22-42:** En 10,22, el narrador anuncia la celebración de la fiesta de la Dedicación. Esta celebración, relativamente reciente, fue instituida para conmemorar la dedicación del templo tras la victoriosa campaña de Judas Macabeo con la se apoderó de Jerusalén el año 164 a.C. El año 175 a.C., Antíoco IV subió al trono de Siria. Planificó extender su poder hasta Egipto, pero antes tenía que consolidar su autoridad en la zonas fronterizas de su imperio (cf. 1Mac 1,41). El pueblo judío le opuso resistencia, pero encontró un apoyo en la aristocracia judía y el sacerdocio. Se construyó un gimnasio en Jerusalén (1Mac 1,11-13) y los judíos camuflaron su circuncisión, pues participan desnudos en las actividades desarrolladas en aquel. Renegaban, así, del signo de la alianza. Antíoco, que hizo llamarse «Epífanés» («el Dios manifiesto»), decretó que todos dieran culto a Zeus Olímpico para que el pueblo «olvidara la Ley y cambiase todas sus costumbres» (1Mac 1,49; cf. vv. 41-50). Estos acontecimientos

condujeron a la revuelta iniciada por un sacerdote judío, Matatías. A través de una extraordinaria serie de acontecimientos y de afortunadas coincidencias, su hijo Judas logró superar a los ejércitos sirios, a los que finalmente derrotó en el 164 a.C. (1 Mac 2,1-4,35). Lo primero que hizo fue purificar el templo. Se derribó el «sacrilegio de la desolación» y se erigió un nuevo altar de los holocaustos. Se reconstruyó y rehabilitó el área del templo. De nuevo se encendieron lámparas para iluminar el terreno sagrado, realizando la liturgia de la restauración del templo (1Mac 4,46-51; cf. 2Mac 10,1-4). El templo volvió a dedicarse el día 25 del mes de kisleu (164 a.C.), tres años después de su profanación; este acontecimiento se conmemoraba cada año con la celebración de la fiesta de la Dedicación.

La Dedicación se centraba en cómo Dios seguía cuidando de su pueblo en la restauración del templo, donde moraba en medio del pueblo elegido. El templo era el signo visible de la presencia de Dios. Otro elemento de la fiesta de la Dedicación era la memoria de la apostasía de los judíos que condujeron a la profanación y la destrucción del templo. Los judíos habían blasfemado contra el Santo de Israel y habían llevado a otros a la idolatría. La fiesta de la Dedicación convocaba al pueblo a permanecer fieles a la ley de su Dios, y, de este modo, a proclamar 'Nunca más'.

En este contexto de la celebración de la Dedicación, el relato joánico de la presencia de Jesús en esta fiesta se despliega como sigue: (a) Vv. 22-23: Contexto: Jesús se encuentra en el templo durante la fiesta de la Dedicación; era invierno. (b) V. 24: «Los judíos» plantean la cuestión del Mesías. (c) Vv. 25-30: Jesús les habla del fundamento y el objetivo de su estatus mesiánico. (d) Vv. 31-39: En una acalorada controversia, Jesús remite a sus obras como prueba de su unión con el Padre (vv. 32.34-35.37-38), mientras que «los judíos» intentan apedrearle (vv. 31.33), acusándole de blasfemia (vv. 33.36) y tratando de apresarle (v. 39). (e) Vv. 40-42: Jesús abandona el templo (v. 40). Muchos buscan a Jesús, recordando que era cierto lo que el Bautista había dicho sobre él.

- **El contexto (vv. 22-23):** Unos tres meses después de la celebración de los Tabernáculos, en medio del invierno, Jesús pasea, protegiéndose bajo el pórtico de Salomón, con ocasión de la fiesta de la Dedicación.

- **La cuestión del Mesías (v. 24):** Aunque han cambiado el tiempo y el lugar, los destinatarios siguen siendo «los judíos», que se congregan en torno a Jesús. La pregunta que le hacen prosigue con los debates desarrollados durante los Tabernáculos. Le preguntan directamente por su mesianismo. La cuestión, sin embargo, es irónica: «¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? ... dínoslo abiertamente» (v. 24). Jesús resolvió el debate sobre el Mesías con su autorrevelación como Buen Pastor (10,14-18). Tres meses después, «los judíos» preguntan cuánto tiempo tienen que seguir esperando. Ya se les había dicho abiertamente que Jesús era el Cristo. Pero, como ocurre a lo largo del evangelio, no prestarán atención a las palabras de Jesús.

- **Jesús explica su estatus mesiánico (vv. 25-30):** Jesús insiste en que ya se lo ha dicho (v. 25b) y les pide que se fien en las obras que ha hecho en el nombre del Padre. Ellas dan un testimonio transparente de las afirmaciones de Jesús (v. 25b). Jesús utilizó la imagen del Buen Pastor para dar un respuesta a «los judíos» (10,1-18). Sin embargo, no prestaron atención a aquellas palabras, por lo que recurre a las mismas imágenes para explicar por qué «los judíos» son incapaces de aceptarle como la revelación de Dios y la perfección del don divino. Ellos no pertenecen a su rebaño y, por tanto, no pueden aceptar su palabra o ver la revelación de Dios en sus acciones. Ni tampoco pueden creer que él es el Mesías. El rebaño del Buen Pastor oye su voz y le responde (vv. 3.4.14.16), pero «los judíos» no. No pueden pertenecer a su rebaño.

- La imagen de las ovejas del Buen Pastor, que escuchan su voz y le siguen para que él les dé vida eterna y así no perezcan nunca, evoca la mejor descripción del auténtico creyente. Un creyente «oye» (1,41; 3,8.29; 4,42; 5,24.28; 6,45; 8,38.43; 10,3.16), tiene «vida eterna» (3,15.16.36; 4,14.36; 5,24.39; 6,27.40.47.54.68) «sigue» a Jesús (1,37.44; 8,12; 10,4.5), y «no perece» (3,16; 6,12.27.39; 10,10). Esta evocación de la consistente enseñanza de Jesús insiste en que creer en él como el Mesías *según sus propias categorías* dará vida, y nadie podrá arrebatársela de Jesús (vv. 27-28). Por el contrario, una indisposición a responder más allá de los límites de sus propias categorías, conducirá a «los judíos» a la muerte. La vida que el creyente recibe de su adhesión a Jesús es un don del Padre. No hay poder más grande que el de Dios, por lo que está garantizada totalmente la unión del creyente con Dios. El Padre de Jesús es más grande que todos los otros poderes (v. 29). Al celebrar Israel la presencia de Dios en la fiesta de la Dedicación, Jesús dice a «los judíos» que no hay otro modo mediante el que Dios se les hace presente. Pueden estar seguros de que están en las manos del Padre si creen en Jesús.

La afirmación de 10,30 prosigue con este tema: «El Padre y yo somos uno». Ya no hay necesidad alguna de mirar a la construcción física del Monte del Templo para saber que Dios está presente en su pueblo. Jesús, en pie ante «los judíos», se señala a sí mismo y afirma que él es la presencia visible de Dios en medio de ellos. La promesa del prólogo se realiza en la historia de Jesús: «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, la plenitud de un don que es verdad. Nosotros hemos contemplado su gloria, gloria como del Hijo unigénito del Padre» (1,14).

La ubicación de estas palabras de Jesús en el marco de la fiesta de la Dedicación indica además que la unión entre Dios y el templo, considerado la presencia de Dios en medio de su pueblo, se perfecciona en Jesús por su unión con el Padre.

- **«Los judíos» siguen rechazando a Jesús (vv. 31-39):** La afirmación de 10,30 constituye la base del argumento desarrollado a lo largo de los caps. 5-10. Por la unidad que existe entre el Padre y el Hijo, Jesús puede reivindicar el privilegio del sábado de juzgar y dar vida (5,19-30), y puede aseverar que él es el pan del cielo, que perfecciona el alimento dado por la Ley (6,44-50), como también el agua de vida y la luz del mundo (7,37-38; 8,12; 9,5), el Mesías que perfecciona las esperanzas mesiánicas de Israel celebrada en la fiesta de los Tabernáculos (10,1-18). Pero hay otro recuerdo que está asociado con la Dedicación: ¿se mantendrán «los judíos» en su resolución de no volver jamás a traicionar a su único Dios? Cogen piedras contra Jesús (v. 31), repitiendo la profanación de Antíoco IV y sus dirigentes. Están intentando quitarle a Israel la presencia visible de Dios en medio de ellos.

Jesús se refiere de nuevo a sus obras (cf. v. 25b), preguntando por cuál de ellas le apedrean (v. 32). ¿Qué particular revelación de la gloria de Dios (cf. 2,11; 4,46-54; 5,1-9a; 6,1-15; 9,1-7) ha motivado que «los judíos» intenten matarle? De nuevo, la respuesta muestra que no reconocen la verdad de la cuestión con la que Jesús les acusaba. Recurren a una interpretación superficial de la Ley, afirmando que no le apedrean por ninguna «obra buena», sino por blasfemia. La blasfemia de Jesús consiste en haber afirmado, como ser humano, que era divino (v. 33). Puesto que lo que ellos rememoran es la re-consagración de un templo construido de piedra por seres humanos, ignoran las afirmaciones que Jesús había hecho de que era la presencia viviente de Dios en medio de ellos. Su comprensión de Jesús como blasfemo es altamente irónica.

La respuesta de Jesús desarrolla lo que había dicho en el v. 30. Si es cierto que él y el Padre son uno, y no puede eludirse esta verdad, entonces acusar a Jesús de blasfemia es una grave traición al Dios de Israel. Jesús aplica la técnica interpretativa judía de argumentar de lo menor a lo mayor. Al referirse a «vuestra Ley», que engloba toda la Escritura, Jesús cita el Sal 82,6: «Yo he dicho: sois Dioses». Si las Escrituras, que siempre tienen vigencia, llaman «dioses» al

pueblo de Dios (v. 35: lo menor), cuanto no más puede aquel al que Dios ha creado y enviado llamarse «el Hijo de Dios» (v. 36: lo mayor). «Los judíos» son condenados por sus propias Escrituras. Jesús afirma que no comete delito alguno contra la auténtica tradición de Israel, sino que perfecciona lo que Dios había prometido al consagrar y enviar al Hijo al mundo. Esta es la primera vez que se describe a Jesús como el consagrado por Dios, y esta consagración evoca el acontecimiento que subyace en la celebración de la fiesta de la Dedicación: la consagración del altar de los holocaustos que reemplazó «el sacrilegio de la desolación» de Antíoco IV. La presencia de Jesús en la fiesta como el enviado por el Padre, la presencia visible de Dios en el mundo, lleva a su perfección lo que sólo era un signo y una sombra en el acto de consagración realizado por Judas Macabeo en el año 164 a.C. Ya no hay necesidad alguna de buscar a Dios en el altar de piedra consagrado. Dios se da a conocer en la persona del Hijo de Dios consagrado y enviado (v. 36).

.- Jesús es la presencia viviente del Hijo de Dios entre «los judíos» (v. 36b), y sus obras son un reflejo de su Padre. Si ellos desean mostrar fidelidad a su Dios, el Padre de Jesús, entonces tienen que aceptar todo cuanto Jesús dice y hace. Hay una lógica interna en el argumento de Jesús: si se acepta su origen y destino, se desencadena todo lo demás. Si Jesús no estuviera realizando las obras de Dios, entonces «los judíos» tendrían razón al no creer en él; pero se trata de una situación que ya no es posible, después de lo que «los judíos» han visto y oído (v. 37). Ellos celebran la alianza con el Dios de Israel, presente en el templo, pero no están dispuestos a aceptar a ese mismo Dios que se ha hecho visible en las obras de Jesús. Finalmente, Jesús les pide que acepten la verdad de que el Dios de Israel, que otrora estaba presente en el edificio del templo consagrado, se les hace presente ahora en las obras visibles del Hijo de Dios (v. 38). Sus últimas palabras en la celebración de la Dedicación son una reafirmación del v. 30. Sólo hay un camino hacia Dios, el que pasa a través del Hijo de Dios; sólo hay un lugar donde se puede encontrar y comprender al Padre, a saber, en la historia de su Hijo. Jesús apela a sus interlocutores increyentes, exhortándoles a aceptar la revelación de Dios en sus obras. Si lo hacen, podrán entender («para que podáis entender y comprender») la verdad dicha en el v. 30, que Jesús y el Padre son uno: «El Padre está en mí y yo estoy en el Padre» (v. 38).

La fiesta de los Tabernáculos provocó una división (*schisma*) y un rayo de esperanza en «los judíos». Algunos vieron la posibilidad de que Jesús pudiera ser un Mesías hacedor de milagros (10,21). En la celebración de la Dedicación, unos tres meses después, esta esperanza desaparece. «Los judíos» han querido apedrear a Jesús (vv. 31.33) y han intentado arrestarle, pero él se les deslizó entre sus manos (v. 39). Aun cuando la violencia pende amenazadoramente, el lector sabe que todavía no ha llegado la hora (cf. 2,4; 7,30; 8,20): por el momento, «escapó de sus manos» (v. 39).

.- **Conclusión (vv. 40-42):** A pesar del rechazo de Jesús en los vv. 31-39, los vv. 40-42 mantienen viva la historia de una respuesta a Jesús según la cual un nutrido grupo de gente empezó a creer en él en un lugar diferente (v. 42). Jesús deja el escenario violento del templo y abandona Jerusalén para cruzar el Jordán y dirigirse al lugar donde Juan había bautizado; allí se quedó un tiempo (v. 40). El hecho de que retornara al lugar donde Juan había bautizado recuerda el primer día del ministerio de Jesús (1,19-28), que concluye con las siguientes palabras: «Esto tuvo lugar en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando» (1,28). El ministerio ha regresado al punto de partida al retornar Jesús al lugar desde donde lo había comenzado. La mención del «primer día» podría ser un indicio de que está cerca el «último día». Por el momento, la acción y las palabras de Jesús se interrumpen en esta nueva localidad (v. 40).

Pero muchos lo buscan. Emerge de nuevo la posibilidad de que Jesús pudiera ser el Mesías. Juan el Bautista no había hecho ningún signo, pero muchos creen que eran ciertas sus profecías sobre Jesús (10,41): el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1,29.36), una persona llena de Espíritu (1,32) que bautiza con el Espíritu (1,33). Y si el Bautista no es el Cristo (1,20.25; 3,28), se deduce entonces que Jesús es el Cristo. Por tanto, muchos creyeron en él allí (10,42). Por el momento, en un lugar donde aún resuena el grito del testimonio de Juan y sigue brillando la luz de su lámpara (v. 35), Jesús hace una pausa y es recibido con fe. La oscuridad no ha llegado todavía.